

En efecto, madama de La Motte se sepultó en excelentes almohadones, acereóse al balcón iluminado por el dulce sol, y en presencia de Dios, y con la antorcha de Dios, se puso á buscar.

CAPÍTULO X.

LA PRISIONERA.

Durante estas agitaciones de la condesa y su profunda meditación pasaba otra escena de otro orden en la calle de San Claudio, enfrente de la casa habitada por Juana.

Se recordará que M. de Cagliostro había hospedado en el antiguo hotel de Bálamo á la fugitiva Oliva, perseguida por la policía de M. de Crosne.

Mlle Oliva, muy inquieta, había aceptado gustosa aquella ocasión de huir al mismo tiempo de la policía y de Beausire; de consiguiente vivía retirada, oculta y temblando en aquella morada misteriosa que había cobijado tantos dramas terribles, ¡ay! más terribles que la aventura trágica de Mlle Nicole Legay.

Cagliostro la había colmado de cuidados y de obsequios; y parecía lisonjero á la joven el verse protegida por aquel gran señor que no pedía nada, pero que parecía esperar mucho.

Sólo que la reclusa se preguntaba inútilmente lo que aquél esperaba.

Para Mlie Oliva, M. de Cagliostro, aquel hombre que había domado á Beausire y triunfado de los agentes de policía, era un Dios salvador y era también un amante bien apasionado, puesto que respetaba.

Porque el amor propio de Oliva no la permitía creer que Cagliostro tuviese sobre ella otras miras que las de hacerla su querida.

Para las mujeres que no tienen otras virtudes, es una el creer que se las puede amar respetuosamente, y muy marchito, árido y muerto debe estar el corazón que no cuenta ya con el amor y con el respeto que sigue al amor.

Oliva se puso, pues, á formar castillos en el aire desde el interior de su morada de la calle de San Claudio, castillos quiméricos, en que es preciso confesar que el pobre Beausire hallaba muy raramente su plaza.

Por la mañana, cuando ataviada con todas las galas con que Cagliostro había amueblado sus gabinetes de tocador, jugaba á la gran señora, repasaba todos los matices del papel de Celimena, y no vivía sino para esa hora del día en que Cagliostro iba dos veces por semana á informarse si soportaba fácilmente la vida.

Entonces, en su hermoso salón, en medio de un lujo regio é inteligente, se confesaba, llena de embriaguez, que en su vida pasada todo había sido decepción y error.

Por desgracia en la composición de esa felicidad faltaba un elemento indispensable para que fuese duradera.

Oliva era feliz, pero Oliva se fastidiaba.

Libros, pinturas, instrumentos de música, nada la había distraído suficientemente. Los libros no eran bastante li-

bros, ó los que lo eran habían sido leídos demasiado pronto. Las pinturas son siempre la misma cosa cuando se las ha mirado una vez (es Oliva quien juzga y no nosotros), y los instrumentos de música no tienen más que un grito, jamás una voz, para la mano ignorante que los solicita.

Es preciso decir que Oliva no tardó en fastidiarse cruelmente de su felicidad, y muchas veces echó de menos, llorando, aquellas deliciosas mañanas pasadas á la ventana de la calle de la Delfina, cuando, magnetizando la calle con sus miradas, hacía levantar la cabeza á todos los transeuntes. ¡Y qué dulces paseos por el barrio de San Germán, cuando el lindo chapín levantando sobre sus talones de dos pulgadas un piececito provocativo, cada paso de la bella paseante era un triunfo y arrancaba á los admiradores un pequeño grito, ora de temor cuando resbalaba, ora de deseo cuando después del pie mostraba la pierna!

He ahí lo que pensaba Nicole encerrada. Verdad es que los agentes del subdelegado de policía eran personas temibles, y que el hospital en que las mujeres se apagan en una cautividad sórdida, no valía tanto como la prisión efímera y espléndida de la calle de San Claudio; pero, ¿de qué servía el ser mujer y tener el derecho de capricho, si uno no se subleva algunas veces contra el bien para convertirlo en mal, á lo menos en sueños?

Además, para el que se fastidia todo toma luego un color sombrío. Nicole echó de menos á Beausire, después de haber echado de menos su libertad. Confesemos que en el mundo de las mujeres nada cambia, desde el tiempo en que las hijas de Judas se iban la víspera de un matrimonio de amor á llorar sobre la montaña su virginidad.

Hemos llegado á un día de luto y de agitación en que

Oliva, privada hacía dos semanas de toda sociedad y de toda vista, entraba en el más triste período del mal del fastidio.

Habiéndolo apurado todo, no osando mostrarse á las ventanas ni salir, principiaba á perder el apetito del estómago, pero no el de la imaginación, el cual, por el contrario, se aumentaba á medida que el otro se disminuía. Se hallaba en ese momento de agitación moral, cuando recibió la visita inesperada de Cagliostro.

Este entró como de costumbre por la puerta baja del hotel y fué por el jardinito nuevamente trazado en los patios, á llamar á los postiguillos del aposento ocupado por Oliva.

Cuatro golpes dados á intervalos convenidos era la señal acordada para que la joven descoriese el cerrojo que ella había pedido como medio de seguridad entre ella y un visitante provisto de llaves.

Oliva, para conservar bien una virtud que en ciertas ocasiones hallaba pesada, no creía que fuesen inútiles las precauciones.

Á la señal hecha por Cagliostro, abrió sus cerrojos con una rapidez que atestiguaba su necesidad de tener una conferencia.

Viva como una griseta parisiense, se lanzó al encuentro del noble carcelero, le cogió las manos más bien para pellizcarle que para acariciarle, y con irritada y ronca voz exclamó:

— ¡Caballero, sabed que me estoy fastidiando!

Cagliostro la miró haciendo un ligero movimiento de cabeza, y dijo cerrando la puerta:

— ¡Os fastidiáis! ¡Ay! querida mía, ese es un mal muy pícaro.

— Me lleno de tedio aquí, me muero.

— ¡En verdad!

— ¡Sí, tengo malos pensamientos!

— ¡Vamos, vamos! dijo el conde calmándola cual habría calmado á un faldero. Si no os halláis bien en mi casa, no me reconvengáis demasiado, y guardad toda vuestra cólera para el subdelegado de policía que es vuestro enemigo.

— Vos me exasperáis con vuestra sangre fría, caballero, dijo Oliva. Prefiero vuestra cólera á semejante dulzura, pues siempre halláis el medio de calmarme, y eso me vuelve loca de rabia.

— Confesad, señorita, que sois injusta, respondió Cagliostro sentándose lejos de ella, con aquella afectación de respeto ó indiferencia que tan bien le saba cerca de Oliva.

— Vos habláis bien á vuestras anchuras, dijo Oliva. Vos vais, venís y respiráis; vuestra vida se compone de una porción de placeres á vuestra elección, mientras que yo vegeto en el espacio que me habéis limitado, y no respiro sino que tiemblo. Os prevengo, caballero, que vuestra asistencia me es inútil, si no me impide morir.

— ¡Morir, morir vos! dijo el conde sonriendo. ¡Tontería!

— Os digo que os conducís muy mal conmigo; vos olvidáis que yo amo apasionadamente á alguno.

— ¿Á M. Beausire?

— Sí, á Beausire. Os digo que le amo; me parece que no os lo he ocultado jamás. ¿No os habréis figurado que yo iba á olvidar á mi querido Beausire?

— He estado tan lejos de figurármelo, que me he hecho quartos por adquirir noticias de él, y que os las traigo.

— ¡Ah! exclamó Oliva.

— M. Beausire es un guapo mozo, prosiguió Cagliostro.

— ¡Pardiez! dijo Oliva sin saber adónde iba á parar Cagliostro.

— Joven y cortés.

— ¿No es verdad?

— Lleno de imaginación.

— De fuego... Un poco bruto conmigo; pero .. quien bien te quiere te hará llorar.

— Habláis á las mil maravillas. Vos tenéis tanto corazón como talento, y tanto talento como hermosura; y yo que lo sé, yo que me intereso por todo amor en este mundo (es una manía), he pensado en juntaros con M. de Beausire.

— No pensabais así hace un mes, dijo Oliva con una risa forzada.

— Escuchad, querida mía: todo hombre gañante que vé á una mujer linda, procura agradarla cuando es libre, como lo soy yo. Sin embargo, confesaréis que si os he ganado un pedacito del corazón, esto no ha durado mucho tiempo ¿eh?

— Verdad es, replicó Oliva con el mismo tono, ha durado un cuarto de hora á lo sumo.

— Era muy natural que yo desistiese viendo lo mucho que amabais á M. de Beausire.

— ¡Oh! no os burléis de mí.

— No me burlo, bajo mi palabra de honor. Me habéis resistido tan bien.

— ¡Oh! ¿no es verdad? exclamó Oliva, encantada de haber sido cogida en frangante delito de resistencia. Sí, confesad que he resistido.

— Era una consecuencia de vuestro amor, dijo flemáticamente Cagliostro.

— Pero entonces el vuestro no era muy tenaz, replicó Oliva.

— Yo no soy bastante viejo, ni bastante feo, ni bastante tonto ó pobre, para soportar las repulsas ó las probabilidades de una derrota, señorita. He conocido que habríais preferido siempre á M. de Beausire, y he tomado mi partido.

— ¡Oh! ¡no tal, no tal! dijo la coqueta. Aquella famosa asociación que me habéis propuesto, ya recordaréis; ese derecho de darme el brazo, de visitarme, de hacerme la corte con todo decoro, ¿no era un pequeño resto de esperanza?

Y al decir estas palabras, la pérfida abrasaba con sus ojos, demasiado tiempo ociosos, al visitante que había ido á caer en el lazo.

— Confieso que sois de una penetración á la que nada se resiste, respondió Cagliostro.

Y fingió bajar los ojos para no ser devorado por el doble raudal de llama que salía de las miradas de Oliva.

— Volvamos á Beausire, dijo Oliva picada de la inmovilidad del conde; ¿qué hace, dónde está ese querido amigo?

Entonces mirándola Cagliostro con un resto de timidez, continuó:

— Decía que habría querido reuniros con él.

— No, no decíais eso, murmuró Oliva con desdén; pero ya que lo decís ahora, lo tomo como dicho. Continúa. ¿Por qué no le habéis traído? Eso hubiera sido caritativo... él está libre.

— Porque, respondió Cagliostro sin admirarse de esta ironía, M. de Beausire, que es como vos, que tiene demasiado talento, se ha embrollado también un poco con la policía.

— ¡También él! exclamó Oliva palideciendo, porque esta vez olía el tufo de la verdad.

- También, replicó cortésmente Cagliostro.
- ¿Qué ha hecho? baluceó la joven.
- Una linda travesura, un juego de manos muy ingenioso; yo llamo á eso una travesura; pero las personas de un carácter tétrico, por ejemplo M. de Crosne... ya sabéis qué pesado es ese M. de Crosne; y bien, esas gentes lo llaman robo.
- ¡Un robo! ¡Dios mío! exclamó Oliva espantada.
- Y un lindo robo; lo cual prueba la mucha pasión que ese pobre Beausire tiene por las cosas bellas.
- Caballero... caballero... ¿está preso?
- No, pero está pregonado.
- ¿Me juráis que no está preso, que no corre ningún riesgo?
- Puedo juraros que no está preso; pero en cuanto al segundo punto, no puedo prometéroslo. Ya conocéis, querida mía, que cuando uno está pregonado, le persiguen ó le buscan, y que con su figura, con su aire y con todas sus cualidades bien conocidas, si M. de Beausire se presentase, al punto sería olfateado por los sabuesos. De consiguiente, reflexionad un poco en la redada que habría echado M. de Crosne: cogeros á vos por medio de M. Beausire, y á M. Beausire por medio de vos.
- ¡Oh, sí, sí! ¡Es preciso que se oculte! ¡Pobre muchacho! También yo voy á ocultarme. Hacedme huir de Francia, caballero; tratad de hacerme este servicio; porque, ya veis, encerrada aquí, ahogada, no podría resistir al deseo de cometer alguna imprudencia el día menos pensado.
- ¿Qué llamáis una imprudencia, querida señorita?
- Llamo una imprudencia á mostrarme, á tomar un poco el aire.

- No exageréis, mi buena amiga; estáis ya muy pálida, y acabaríais por perder vuestra hermosa salud, y M. Beausire no os amaría ya. No, tomad todo el aire que queráis, y divertíos viendo pasar algunas figuras humanas.
- ¡Vamos, ya estáis irritado contra mí, y vais á abandonarme también! exclamó Oliva. ¿Acaso os soy molesta?
- ¡Á mí! ¿Estáis loca? ¿por qué me habíais de ser molesta? dijo Cagliostro con una seriedad glacial.
- Porque... un hombre que tiene gusto por una mujer, un hombre tan considerable como vos, un señor tan hermoso como vos lo sois, tiene el derecho de irritarse, hasta de fastidiarse si se vé rechazado por una loca como yo... ¡Oh! no me dejéis, caballero, no me perdáis, no me cobréis odio!
- Y la joven, tan amedrentada como coqueta había estado, echó un brazo al cuello de Cagliostro.
- ¡Pobre criatura! ¡qué miedo tiene! dijo éste estampando un casto beso en la frente de Oliva. No forméis de mí una opinión tan mala, hija mía. Vos corríais un peligro, yo os he hecho un servicio. Yo tenía mis ideas sobre vos, las he abandonado, y nada más. Así, no tengo más motivo para manifestaros odio que vos para manifestarme gratitud: he obrado por mi bien, vos habéis obrado por el vuestro, y estamos pagos.
- ¡Oh, señor! ¡Cuánta bondad! ¡cuán generoso sois!
- Y Oliva echó ambos brazos en lugar de uno al cuello de Cagliostro. Pero éste, mirándola con su tranquilidad habitual, dijo:
- Bien veis, Oliva, que ahora, aun cuando me ofrecieseis vuestro amor...
- Y bien, ¿qué? dijo Oliva poniéndose como una grana.

— Que amo tanto el inspirarme solamente de los sentimientos verdaderos, puros y desprendidos de todo interés, que aun cuando me ofrecieseis vuestra adorable persona, la rehusaría. Vos me habéis creído interesado, y habéis caído bajo mi dependencia. Vos os creéis obligada, y yo os creería más agradecida que sensible, más temerosa que enamorada. Así, permanezcamos tal como estamos; en eso yo satisfago vuestro deseo, y prevengo todas vuestras delicadezas.

Oliva separó sus hermosos brazos y se apartó avergonzada, humillada, burlada por aquella generosidad de Cagliostro con que ella no había contado.

— Así, mi querida Oliva, dijo el conde, quedamos convenidos; vos me consideraréis como un amigo; tendréis en mí la mayor confianza; os aprovecharéis de mi casa, de mi bolsillo y de mi crédito, y...

— Y me diré, interrumpió Oliva, que hay en este mundo hombres muy superiores á todos cuantos he conocido.

Y pronunció estas palabras con tal encanto y dignidad, que hicieron una honda impresión en aquella alma de bronce cuyo cuerpo se llamaba en otro tiempo BALSAMO.

— Toda mujer es buena, pensó Cagliostro, cuando uno ha tocado la cuerda que corresponde con su corazón.

Luego, acercándose á Nicole, añadió en voz alta:

— Desde esta noche, habitaréis el último piso del hotel. Es un aposento compuesto de tres piezas colocadas en forma de observatorio, que dominan el boulevard y la calle de San Claudio. Las ventanas dan sobre Menilmontant y sobre Belleville. Podrán veros allí algunas personas; pero no temáis, son unos vecinos pacíficos, gentes honradas, que no tienen relaciones ni pueden sospechar quién sois. No

tengáis reparo en que os vean, aunque sin exponeros, y sobre todo sin mostraros jamás á los transeúntes, porque la calle de San Claudio suele ser explorada por los agentes de M. de Crosne. Á lo menos allí tendréis sol.

Oliva se puso á palmotear alegremente.

— ¿Queréis que os conduzca allá? preguntó Cagliostro.

— Esta misma noche.

— Sin duda esta misma noche. ¿Os incomoda por ventura?

Oliva miró profundamente á Cagliostro. Una vaga esperanza entró de nuevo en su corazón, ó más bien en su cabeza vaga y pervertida.

— Bien; ¡vamos! dijo.

El conde tomó una linterna en la antesala; abrió muchas puertas, y subiendo la escalera, llegó seguido de Oliva al tercer piso, al aposento que había designado.

Oliva halló el aposento amueblado, muy florido y habitable, y exclamó:

— Cualquiera diría que me aguardaban aquí.

— No á vos, dijo el conde, sino á mí, que gusto mucho de la vista de este pabellón, muchas veces duermo aquí.

Los ojos de Oliva tomaron los tintes leonados que algunas veces inundan las pupilas de los gatos.

Sus labios iban á pronunciar una palabra, pero Cagliostro la detuvo diciendo:

— Aquí nada os faltará; dentro de un cuarto de hora tendréis cerca de vos á vuestra doncella. Buenas noches, señorita.

Y desapareció después de haber hecho una grande reverencia mitigada por una graciosa sonrisa.

La pobre prisionera se dejó caer sentada, consternada y

aniquilada sobre aquella cama que la aguardaba en una elegante alcoba.

— No comprendo absolutamente nada de lo que me está pasando, murmuró siguiendo con la vista á aquel hombre realmente incomprensible para ella.

CAPÍTULO XI.

EL OBSERVATORIO.

Oliva se acostó, así que marchó la doncella que le enviaba Cagliostro. Pero durmió poco, pues los pensamientos de toda naturaleza que nacían de la conversación con el conde, apenas le dejaron pegar los ojos, y le causaban inquietudes soñolientas: es uno feliz más largo tiempo, cuando es demasiado rico ó está demasiado tranquilo, después de haber estado demasiado pobre ó demasiado agitado.

Oliva se lastimó de Beausire, admiró al conde á quien no comprendía, pues no le creía tímido y no sospechaba fuese insensible; tuvo grande miedo de que durante el sueño la turbase algún sillo, y el menor ruido del entarimado le causó la agitación conocida de toda heroína de novela, que duerme en la *Torre del Norte*.

Con el alba desvaneciéronse esos temores que no dejaban de tener su encanto... Nosotros, que no tememos inspirar sospechas á Beausire, podemos aventurar que Nicole no entrevió la hora de completa seguridad sin un pequeño resto de despecho, de coquetería: matiz intraducible para todo pincel que no ha firmado: Watteau; para toda pluma que no ha firmado: Marivaux ó Crebillón hijo.

Cuando llegó el día, se permitió dormir saboreando el deleite de ansorber en su alcoba florida los purpúreos rayos del sol saliente, de ver los pajarillos correr por la pequeña azotea de aquel balcón, donde sus alas rozaban con delicioso ruido las hojas de los rosales y las flores de los jazmines de España.

Y era ya tarde, muy tarde cuando se levantó; después de haber dormido dulcemente dos ó tres horas, después de haberse mecido entre el bullicio de la calle y el suave entorpecimiento del reposo, se sintió bastante fuerte para buscar el movimiento, y demasiado fuerte para permanecer lánguida y ociosa.

Entonces recorrió todos los rincones de aquel nuevo aposento, en que el incomprendible silfo no había podido encontrar una trampa para deslizarse alrededor de la cama batiendo sus alas... ¡ignorante silfo! y sin embargo los silfos de esos tiempos, gracias al conde Gabalis, no habían perdido nada de su inocente reputación.

Oliva sorprendió las riquezas de su morada en la sencillez de lo imprevisto. Aquel ajuar de mujer había principiado por ser un ajuar de hombre. Hallábase en él todo lo que puede hacer grata la vida, y sobre todo se hallaba la gran luz y el aire, que podrían convertir los calabozos en

jardines si alguna vez el aire y la luz penetrasen en una cárcel.

Decir el gozo infantil, esto es, perfecto, con que Oliva corrió á la azotea, y se tendió sobre las baldosas en medio de las flores y los musgos cual una culebra que sale del nido, lo haríamos ciertamente si no tuviésemos que pintar su asombro cada vez que un movimiento le descubría un nuevo espectáculo.

Primeramente, tendida en el suelo como acabamos de decir, á fin de no ser vista de afuera, miró por entre las rejas del balcón las copas de los árboles de los baluartes, las casas del barrio Popincourt y las chimeneas, océano brumoso cuyas olas desiguales se elevaban á su derecha.

Bañada del sol, con el oído atento al ruido de los coches que, aunque en escaso número, corrían por el baluarte, permaneció de ese modo muy alegre por espacio de dos horas. Hasta se desayunó con chocolate que le sirvió su doncella y leyó una gaceta antes de haber pensado en mirar á la calle.

Era un placer peligroso, porque los sabuesos de M. de Crosne, aquellos perros humanos que cazan levantando la nariz al aire, podían muy bien verla.

¡Qué espantoso despertar después de un sueño tan dulce!

Pero aquella posición horizontal no podía durar, á pesar de lo grato que era, y Nicole se alzó sobre un codo.

Entonces vió los nogales de Menilmontant, los grandes árboles del cementerio, y los miles de casas de todos colores que subían por la falda de la colina desde Charonne hasta las chozas de Chaumont, entre las matas de verdura ó sobre las capas gipsosas de las riberas escarpadas, revestidas de matorrales y cardos.

Acá y acullá, en los caminos, estrechas cintas ondulando en la garganta de aquellas pequeñas montañas, en los senderos de las viñas, en las blancas carreteras, se dibujaban pequeños seres vivientes, aldeanos que trotaban sobre sus burros, muchachos encorvados sobre el campo que estaban escardando, viñadores descubriendo los racimos al sol. Aquella rusticidad dejó encantada á Nicole, que siempre había suspirado por la bella campiña de Taverney, desde que la había dejado por este París tan deseado.

Sin embargo acabó por hartarse de la campiña, y como había tomado una posición cómoda y segura entre sus flores, como sabía que podía ver sin riesgo de ser vista, bajó sus miradas de la montaña al valle, de los horizontes lejanos á las casas de enfrente.

Por todas partes, esto es, en el espacio que pueden abrazar tres casas, Oliva halló las ventanas cerradas. Aquí, tres pisos habitados por tres viejos propietarios colgando jaulas en la parte exterior, ó dando de comer á gatos en el interior; allí, cuatro pisos de los que solo el auverniano, habitante superior, llegaba al alcance de la vista, mientras los otros inquilinos parecían estar ausentes, haber salido para una aldea cualquiera. En fin, un poco á la izquierda, en la tercera casa, veíanse unas cortinas de seda pajiza, flores, y como para amueblar aquel sitio una blanda poltrona cerca del balcón que parecía aguardar á su meditado dueño ó dueña.

Oliva creyó distinguir en aquel cuarto, cuyo claro-oscuro resaltaba con los rayos del sol, como una sombra ambulante de movimientos regulares.

Limitóse á eso su impaciencia, ocultóse aun más que hasta entonces, y llamando á su doncella, entabló con ella una conversación para variar los placeres de la soledad con

los de la sociedad de una criatura dotada de la facultad de pensar, y sobre todo de hablar.

Pero la doncella fué reservada, contra todos sus hábitos, pues aunque se dignó explicar á su ama Belleville, Charonne y el Padre Lachaise; aunque le dijo el nombre de las iglesias de San Antonio y San Lorenzo, y demostró la curva del Baluarte y su inclinación hacia la orilla derecha del Sena, sin embargo, cuando las preguntas versaron sobre los vecinos, la doncella no halló una palabra que responder, pues dijo que no los conocía más que su ama.

Oliva quedó sin la explicación del aposento claro-oscuro, de las cortinas de seda pajiza; nada supo sobre la sombra ambulante, ni tampoco sobre el sillón.

Si Oliva no tuvo la satisfacción de conocer á su vecina de antemano, á lo menos pudo prometerse el hacer su conocimiento por sí misma; de consiguiente despidió á su demasiado discreta doncella, para entregarse sin testigos á su exploración.

No tardó en presentarse la ocasión favorable. Los vecinos principiaron á abrir sus puertas, á dormir su siesta después de comer, y á vestirse para el paseo de la Plaza Real ó del Camino Verde.

Oliva los contó y halló que eran seis muy bien casados en su desemejanza, cual conviene á personas que han elegido la calle de San Claudio para su residencia.

Oliva pasó una parte del día en observar sus gestos y estudiar sus hábitos, y pasó á todos revista, excepto aquella sombra agitada que, sin mostrar su cara, había ido á sepultarse en la poltrona, cerca del balcón, y estaba absorta en una inmóvil meditación.

Era una mujer, que había abandonado su cabeza á su

peinadora, la cual, en hora y media, había construído sobre el cráneo y las sienes uno de esos edificios babilónicos en que entraban los minerales y los vegetales, y en que habrían entrado animales á haberse mezclado en ello Leonardo, y si una mujer de esa época hubiese consentido en hacer de su cabeza una arca de Noé con sus habitantes.

En seguida, aquella mujer así peinada, empolvada, blanca de adornos y encajes, se había vuelto á instalar en su poltrona, el cuello tendido sobre cojines bastante duros, para que esa parte del cuerpo sostuviera el equilibrio del cuerpo entero y permitiese al monumento de la cabellera permanecer intacto, sin temor de los terremotos que podían agitar la base.

Aquella mujer inmóvil se parecía á los dioses indios caídos sobre sus asientos, de ojo fijo gracias á la fijeza del pensamiento, y rodando solo en su órbita. Según las necesidades del cuerpo ó los caprichos del espíritu, centinela y buen servidor activo, hacía por sí solo todo el servicio del ídolo.

Oliva notó cuán hermosa era aquella dama vestida de ese modo; cuán delicado y lindo era su pie posado sobre el borde del balcón y calzado en una pantufita de raso color de rosa, y admiró también el contorno del brazo y el de la garganta que rechazaba el corsé y el peinador.

Pero lo que más particularmente llamó su atención fué aquella profundidad del pensamiento tendido siempre hacia un objeto invisible y vago, pensamiento tan imperioso que condenaba todo el cuerpo á la inmovilidad, aniquilándolo con su voluntad.

Esa mujer, que nosotros hemos reconocido y que Oliva no podía reconocer, no sospechaba que pudiesen verla,

pues jamás se había abierto ninguna de las ventanas de enfrente, porque el hotel de Cagliostro, á pesar de las flores que había encontrado Nicole y de los pájaros que había visto volar, nunca había descubierto á nadie sus secretos, y excepto los pintores que le habían restaurado, ningún viviente se había asomado á la ventana.

Para explicar ese fenómeno contradicho por la pretendida habitación de Cagliostro en el pabellón, bastarán dos palabras. El conde había mandado preparar durante la noche aquella habitación para Oliva, como si se hubiese preparado para él mismo, y sus órdenes se habían ejecutado tan puntualmente, que Cagliostro se había mentido á sí mismo, por decirlo así.

La dama del hermoso peinado permanecía, pues, abismada en sus pensamientos, y Oliva se figuró que aquella bella persona de tal modo extasiada soñaba con sus amores llenos de obstáculos.

Simpatía en la belleza, simpatía en la soledad, en la edad, en el tedio... ¡ Cuántos lazos para unir entre sí dos almas que quizás se buscaban, gracias á las combinaciones misteriosas, irresistibles é intraducibles del destino !

Desde que vió á aquella solitaria pensativa, Oliva no pudo apartar de ella los ojos.

En esta atracción de la mujer hacia la mujer había una especie de pureza moral. Esas delicadezas son más comunes de lo que generalmente se cree entre desgraciadas criaturas cuyo cuerpo ha llegado á ser el agente principal en las funciones de la vida. Pobres desterradas del paraíso espiritual, echan de menos los jardines perdidos y los ángeles de dulce sonrisa que se ocultan bajo las místicas sombras.

Oliva creyó ver una hermana de su alma en la bella reclusa, y se forjó una novela igual á la suya, figurándose sencillamente que no podía una mujer ser linda y elegante y vivir ignorada en la calle de San Claudio sin tener alguna desgracia en el fondo de su vida ó alguna grave inquietud en el fondo de su corazón.

Luego que hubo forjado bien de bronce y diamantes su fábula romanesca, Oliva, como todas las naturalezas excepcionales, se dejó arrebatar por su magia; tomó alas para correr en el espacio al encuentro de su compañera, á quien, en su impaciencia, hubiera querido ver nacerle alas semejantes á las suyas.

Pero la dama del monumento no se meneaba, y parecía dormir en su asiento, pues habían transcurrido dos horas sin que hubiese oscilado un solo grado.

Oliva se desesperaba, y de seguro no hubiera hecho por Adonis ó por Beausire la cuarta parte de las manifestaciones que hizo por la desconocida.

Cansada ya, y pasando de la ternura al odio, abrió y cerró diez veces su balcón, diez veces espantó los pájaros en los follajes, é hizo ademanes telegráficos tan expuestos, que si hubiese pasado por el baluarte ó por el extremo de la calle de San Claudio el más obtuso de los instrumentos de M. de Crosne, no habría dejado de percibirlos y preocuparse de ellos.

En fin Nicole llegó á persuadirse de que la dama de las hermosas trenzas de pelo había visto perfectamente todos sus ademanes, y comprendido todas sus señales, pero que las despreciaba; que era vana ó idiota... ¡ idiota! ¡ con unos ojos tan finos, tan sagaces, con un pie tan travieso, una mano tan inquieta! Imposible.

¡ Vana! sí; vana como serlo podía en aquella época una mujer de la alta nobleza con una de la clase media.

Oliva, distinguiendo en la fisonomía de la joven todos los caracteres de la aristocracia, dedujo que era orgullosa é imposible de conmover, y renunció á su empresa.

Volviendo la espalda con una rabieta hechicera, se puso de nuevo al sol poniente para recobrar la sociedad de sus flores, compañeras complacientes que, aunque nobles también, elegantes, empolvadas, y coquetas como las damas de más distinción, sin embargo se dejan tocar y oler, y devuelven en perfume, en frescura y suaves contactos el beso de amigo ó el de amor.

Nicole no reflexionaba que aquella pretendida orgullosa era Juana de Valois, condesa de La Motte, que desde la víspera andaba en busca de una idea; que esta idea tenía por objeto el impedir á María Antonieta y al cardenal de Rohán de verse; que un interés mayor aún exigía que el cardenal, aunque sin ver más á la reina en particular, creyese firmemente que la veía siempre, y que por consiguiente se contentase con esa visión y cesase de reclamar la vista real. Ideas graves, excusas muy legítimas de esa preocupación de una joven, para no mover la cabeza durante dos horas mortales.

Si Nicole hubiese sabido todo eso, no se habría reingrado colérica entre sus flores, y al refugiarse no habría echado del balcón un tiesto de fresnillos que cayó á la calle desierta con un ruido espantoso.

Oliva miró al punto asustada el estrago que aquel tiesto había podido hacer.

La dama preocupada se despertó con el ruido, vió el tiesto en la calle, y subió del efecto á la causa, es decir,

que sus ojos se alzaron de la calle á la azotea del hotel, y vió á Oliva.

Al verla lanzó un grito salvaje, un grito de terror, y que se terminó por un rápido movimiento de todo aquel cuerpo tan tieso y tan helado hacía un momento.

En fin se encontraron los ojos de Oliva y los de aquella dama, se interrogaron y se penetraron recíprocamente.

Juana exclamó al punto:

— ¡La reina!

Luego, de súbito, juntando las manos y frunciendo el entrecejo sin osar moverse por no hacer huir la extraña visión, murmuró:

— ¡Oh! yo buscaba un medio... ¡Helo ahí!

En ese momento Oliva oyó ruido detrás de ella, y se volvió con viveza.

El conde estaba en su cuarto, y había notado el cambio de reconocimientos y se dijo:

— ¡Se han visto!

Oliva dejó bruscamente el balcón.

CAPÍTULO XII.

LAS DOS VECINAS.

Desde el momento en que se habían visto las dos mujeres, Oliva, fascinada ya por la gracia de su vecina, no afectó el desdeñarla, y volviéndose con precaución en medio de las flores, respondió con sonrisas á las sonrisas que le dirigían.

Cagliostro, al visitarla, no había dejado de recomendarle la mayor circunspección.

— Sobre todo, no entréis en relación con la vecindad, le había dicho.

Estas palabras habían caído como un pedrisco siniestro sobre la cabeza de Oliva, la cual se hacía ya una dulce ocupación de los ademanes y saludos de la vecina.

No entrar en relación con la vecindad era volver la espalda á aquella hechicera mujer, cuyos ojos tan dulces y brillantes, igualmente que cada uno de sus movimientos,

encerraban una seducción, era renunciar á mantener un comercio telegráfico sobre la lluvia y el buen tiempo, era romper con una amiga; porque la imaginación de Oliva se exaltaba hasta tal punto que Juana era ya para ella un objeto curioso y caro.

La camastrona respondió á su protector que ya se guardaría bien de desobedecerle, que no entablaría la menor relación con la vecindad; pero no bien había marchado Cagliostro, cuando se colocó en el balcón de manera que pudiese absorber toda la atención de su vecina.

Esta, como se debe suponer, no pedía otra cosa, puesto que á las primeras proposiciones que se le hicieron respondió con saludos y con besos enviados con las puntas de los dedos.

Oliva correspondió como mejor pudo á estas amables manifestaciones, notó que la desconocida no se separaba del balcón, y que atenta siempre á enviarle ya un adiós cuando se retiraba ó ya unos buenos días cuando se presentaba, parecía haber concentrado todas sus facultades amantes sobre el balcón de Oliva.

Á semejante estado de cosas debía seguir pronto una tentativa de aproximación. He aquí lo que sucedió:

Cagliostro, yendo á ver á Oliva dos días después, se quejó de una visita hecha al hotel por una persona desconocida.

— ¿Cómo es eso? repuso Oliva ruborizándose un poco.

— Sí, añadió el conde, se ha presentado una señora muy linda, joven y elegante, ha hablado á un criado atraído por su obstinación en llamar, y ha preguntado á ese hombre quién podía ser una joven que habitaba el pabellón del tercer piso, vuestro aposento, querida mía. Esa mujer

preguntaba sin duda por vos y quería veros. De consiguiente os conoce, tiene alguna mira sobre vos... os han descubierto. Tened cuidado, porque la policía tiene mujeres que le sirven de espías, así como tiene hombres que son sus agentes, y os prevengo que si M. de Crosne os reclama á mí, no podré menos que entregaros.

Oliva, en vez de asustarse, reconoció al punto el retrato de su vecina, le agradeció infinito su atención, y muy resuelta á darle las gracias por cuantos medios pudiese, disimuló con el conde.

— ¿No tembláis? preguntó Cagliostro.

— Nadie me ha visto, replicó Nicole.

— Entonces, ¿no erais vos á quién quería ver?

— No creo que fuese yo.

— Sin embargo para adivinar que había una mujer en este pabellón... ¡Ah! ¡tened cuidado, tened cuidado!..

— ¿Qué tengo que temer, señor conde? dijo Oliva. Si me han visto, lo que no creo, no volverán á verme, y si volviesen á verme, sería de lejos, porque esta casa es impenetrable, ¿no es verdad?

— Impenetrable, así es, respondió el conde; porque á no ser que escalen la muralla, lo que no es fácil, ó bien que abran la pequeña puerta de entrada con una llave como la mía, lo que tampoco es muy fácil, puesto que yo nunca la separo de mí...

Y al decir estas palabras le mostraba la llave con que abría la puerta baja.

— Como yo no tengo ningún interés en perderos, prosiguió el conde, no prestaré á nadie la llave, y como vos no ganaríais nada en caer en manos de M. de Crosne, no dejaréis escalar la muralla. Así, querida mía, estáis advertida; conque arreglaos como gustéis.

Oliva se deshizo en protestas de toda especie y se apresuró á despedir al conde, el cual no insistió demasiado en permanecer.

El día siguiente, desde las seis de la mañana estaba ya en su balcón husmeando al aire de las cuevas vecinas, y clavando unos ojos curiosos en los balcones cerrados de su cortés amiga.

Ésta, que de ordinario apenas se despertaba á las once, se presentó así que pareció Oliva; de manera que cualquiera habría dicho que estaba acechando detrás de las cortinas la ocasión de mostrarse.

Saludáronse las dos mujeres, y Juana, abalazándose fuera del balcón, miró por todos lados si alguno podía oírlo.

Ninguno pareció: no sólo estaba desierta la calle, sino también las ventanas de las casas.

Entonces se aplicó ambas manos á la boca en guisa de bocina, y con esa entonación vibrante y sostenida que no es un grito, pero que alcanza mas lejos que el metal de la voz, dijo á Oliva:

— He querido visitaros, señora.

— ¡ Chut! dijo Oliva retrocediendo con espanto.

Y aplicó un dedo sobre los labios.

Juana, á su vez, se ocultó tras de sus cortinas, creyendo que era vista por algún indiscreto; pero casi al mismo tiempo volvió á presentarse tranquilizada por la sonrisa de Nicole.

— ¿ Conque no se os puedé visitar? repuso.

— ¡ Ah! exclamó Oliva con rostro compungido.

— Aguardad, replicó Juana. ¿ Se os pueden dirigir cartas?

— ¡ Oh, no! respondió Oliva espantada.

Juana reflexionó algunos minutos.

Oliva, para darle gracias por su tierna solicitud, le envió un beso hechicero que Juana le devolvió doble, y luego cerró el balcón y se retiró.

Oliva dijo para sí que su amiga había hallado algún nuevo recurso, porque su imaginación parecía brillar en su última mirada.

En efecto, Juana volvió á aparecer al cabo de dos horas; el sol estaba en toda su fuerza, y las piedras de la calle estaban ardiendo como la arena de España durante el fuego.

Oliva vió á su vecina aparecer en su balcón con una ballesta; Juana, riendo, le hizo seña para que se apartase.

Obedeció Oliva riendo como su compañera, y se refugió contra los postigos.

Juana, apuntando con cuidado, lanzó una balita de plomo que, desgraciadamente, en lugar de pasar el balcón, dió contra una de las barras de hierro y cayó á la calle.

Oliva dió un grito de desconsuelo. Juana, después de haberse encogido de hombros en ademán colérico, buscó un momento con la vista su proyectil en la calle, y luego desapareció durante algunos minutos.

Oliva, inclinada hacia afuera, miraba desde el balcón á la calle; una especie de trapero pasó á la ocasión buscando á derecha é izquierda: ¿ vió éste ó no vió aquella bala en el arroyo? Oliva nada supo; lo que hizo fué ocultarse para no ser vista ella misma.

El segundo esfuerzo de Juana fué más feliz.

Su ballesta lanzó fielmente más allá del balcón, en el cuarto de Nicole, una segunda bala á la que estaba arrollado un billete concebido en estos términos:

« Me interesáis, hermosísima joven. Os hallo encantadora y os amo con sólo veros. ¿Conque estáis presa? ¿Sabéis que he intentado en vano el visitaros? El encantador que os guarda de vista ¿no dejará jamás acercarme á vos para deciros que siento simpatía por una pobre víctima de la tiranía de los hombres? »

» Como estáis viendo, tengo imaginación para servir á mis amigas. ¿Queréis ser mi amiga? Parece que no podéis salir; pero podéis sin duda escribir, y como yo salgo cuando quiero, aguardad á que pase por debajo de vuestro balcón, y arrojadme vuestra respuesta.

» Si sucediera que el juego de la ballesta fuese peligroso y que se descubriese, adoptemos un medio de correspondencia más fácil. Dejad colgar desde vuestro balcón, al obscurecer, un ovillo de hilo; prended en él vuestro billete, y yo prenderé el mío, que podréis recoger sin ser vista.

» Pensad que si vuestros ojos no mienten, cuento con un poco de este afecto que vos me habéis inspirado, y que entre las dos venceremos el universo.

» Vuestra amiga. »

» P. D. ¿Habéis visto á alguno recoger mi billete? »

Juana no firmaba, hasta había disfrazado completamente su letra.

Oliva se estremeció de gozo al recibir ese billete, y respondió á él con las líneas siguientes :

« Os amo cual me amáis. En efecto, soy una víctima de la maldad de los hombres. Pero el que me retiene aquí es

un protector y no un tirano, que viene á visitarme una vez por día. Más tarde os explicaré todo esto. Prefiero prender el billete al extremo de un hilo, á servirlos de la ballesta.

» ¡ Ay! no, no puedo salir; estoy encerrada bajo llave, pero esto para mí es un bien. ¡ Oh! ¡ cuántas cosas tendría que deciros, si tuviese la felicidad de hablar con vos! ¡ Hay tantos pormenores que no pueden escribirse!

» Vuestro primer billete no ha sido recogido por ninguno, sino por un miserable traperero que pasaba; pero esas gentes no saben leer, y para ellas plomo no es más que plomo.

Vuestra amiga

» OLIVA LEGAY. »

Oliva firmaba con todas sus fuerzas.

Hizo á la condesa seña de devanar un hilo; luego, aguardando á que obscureciese, dejó rodar el ovillo hasta cerca de la calle.

Juana estaba bajo el balcón, atrapó el hilo y recogió el billete, cuyos movimientos todos percibió su amiga por medio del hilo conductor, y entró en su casa para leer.

Al cabo de media hora, estaba ya atando al bienaventurado cordón un billete que contenía estas palabras :

» Hace uno cuanto quiere. — Vos no estáis custodiada de vista, puesto que os veo siempre sola. De consiguiente debéis tener entera libertad para recibir las gentes, ó más bien para salir vos misma. ¿Cómo se cierra vuestra casa? ¿Con una llave? ¿quién tiene esa llave? El hombre que viene á visitaros, ¿no es verdad? Y guarda esa llave con

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA
"ALFONSO REYES"
no. 1825 MONTEVIDEO, MENDO

tanta obstinación que no podáis escamoteársela ó bien tomar la marca de ella? No se trata de hacer ninguna cosa mala, sino de proporcionaros algunas horas de libertad, dulces paseos cogida del brazo de una amiga que os consolará de todas vuestras desgracias y os devolverá más de lo que habéis perdido. Hasta se trata de la libertad completa, si lo queréis absolutamente. Trataremos esta materia en todos sus pormenores en la primera entrevista que tengamos. »

Oliva devoró este billete, sintiendo subir á sus mejillas la fiebre de la independencia y á su corazón el deleite del fruto prohibido.

Había notado que el conde, siempre que entraba en su cuarto, trayéndole ya un libro ó una alhaja, posaba la linternita sorda sobre un ropero de viejo, y la llave sobre la linterna.

Oliva preparó un pedazo de cera bien amasada, en la que tomó la marca de su llave desde la primera visita de Cagliostro.

Este no volvió la cabeza una sola vez; mientras que ella consumaba aquella operación, él miraba en el balcón las flores recientemente abiertas. De consiguiente Oliva pudo llevar á cabo su proyecto sin inquietud.

Cuando marchó el conde, Oliva hizo bajar en una caja la marca de la llave, que Juana recibió con un billetito.

Y al día siguiente, á eso de las doce, la ballesta, medio extraordinario y expeditivo, medio que era á la correspondencia por el hilo lo que el telégrafo es al correo, lanzó un billete concebido en estos términos:

« Mi muy querida amiga: esta noche á las once, cuando

haya marchado vuestro celoso guardián, descenderéis, descorreréis los cerrojos, y os hallaréis en los brazos de la que es vuestra tierna amiga. »

Oliva se estremeció de gozo cual jamás se había estremecido al recibir los más tiernos billetes de Gilberto, en la primavera de los primeros amores y de las primeras citas.

Á las once descendió sin haber notado ninguna sospecha en el conde, y halló abajo á Juana que la abrazó tiernamente, la hizo subir á un coche que estaba parado en el boulevard, y toda aturdida, palpitante y embriagada, dió con su amiga un paseo de dos horas, en cuyo tiempo se cambiaron sin interrupción entre las dos compañeras secretos, besos y proyectos futuros.

Juana fué la primera que aconsejó á Oliva volviere á casa á fin de no excitar ninguna sospecha en su protector, pues acababa de saber que este protector era Cagliostro cuyo genio temía mucho, y no veía seguridad para sus planes sino en el más profundo misterio.

Oliva se había entregado sin reserva: Beausire, la policía, todo lo había confesado.

Juana se había vendido por una señorita de distinción que vivía con un amante sin saberlo su familia.

La una lo sabía todo, y la otra todo lo ignoraba: tal era la amistad que estas dos mujeres se habían jurado.

Desde ese día ya no tuvieron necesidad de ballesta ni de hilo, pues Juana tenía su llave y hacía bajar á Oliva según su antojo.

Los cebos con que Oliva se dejaba coger, eran una cena delicada, un paseo furtivo.

— ¿No descubre nada M. de Cagliostro? preguntaba Juana, inquieta algunas veces.